

Anaclet Pons, profesor y Doctor en Historia de la Universidad de Valencia-España, se ha centrado en el campo de la historia social, la historiografía y las redes digitales, prueba de esto puede encontrarse en su blog *Ciclonauta Blog de Historia*¹. Mi interés personal por Pons es frente a la posición crítica sobre la digitalización de las fuentes, que anuncia en el artículo: “*Guardar Como*” la historia y las fuentes digitales (2011), en el que abordó la *historia digital* como un fenómeno para preguntarnos por: ¿cómo reaccionar ante todos los cambios e impacto de las nuevas tecnologías?. Además introduce el concepto de *born digital* o nativo digital que ha revolucionado las prácticas de lectura.

Los soportes de la escritura, la manipulación de archivos y la difusión del conocimiento han cambiado; viejos documentos tales como: ficheros, archivadores, microfilms, incluso la producción fílmica, han sido convertidos, poco a poco, en dígitos binarios. Es claro que una revolución tecnológica nos distancia de la manera como se trabajaba antes y lo que hacemos ahora. Conseguir manuscritos o archivos en ediciones digitales, es el resultado de la implementación de nuevas tecnologías, cosa que no se podía hacer hace tres décadas, ahora dichos materiales pueden gozar de una mayor difusión sin quedar en el olvido. En *El desorden digital: guía para historiadores y humanistas*, reseñado en este texto, Pons se concentró principalmente en la construcción de la *historia digital* y habla desde su práctica académica, que no difiere de operaciones epistemológicas características de métodos humanistas, problematizando cambios en las rutinas de investigación académica durante las últimas décadas.

Uno de los objetivos del libro es examinar el patrón de la comunicación al construir públicos e intercambiar información antes y después de la creación de internet. Con el entramado digital actual, las reglas del trabajo histórico han cambiado, por tanto, el autor interroga por: ¿cómo estamos haciendo y haremos historia? ¿cómo inciden las formas de abordar el pasado? y ¿cuál es modo correcto para comunicarlo?. Las implicaciones de la *historia digital* estudian el cambio de soportes y nuevos modos de lectura en la continua difusión del conocimiento; el autor manifiesta que se pueden entender desde dos acotaciones: la primera, sobre las nuevas tecnologías como difusoras del conocimiento para ampliar el espectro del público frente al trabajo académico. Y la segunda observación, es desde la perspectiva del sociólogo Charles Wright Mills, que describe en el libro “*La imaginación sociológica*” (1959). Wright Mills presenta la edad del dato como un lugar donde la información domina la atención y rebasa nuestra capacidad para poder asimilarla.

1. <https://clionauta.wordpress.com>

En general la escritura del texto es circular, prolífico en referentes teóricos de un corpus significativo de académicos expertos en el campo de las humanidades digitales. La estructura del libro nos brinda la libertad de leerlo de manera no lineal. De ahí que en la *INTRODUCCIÓN. Sin esperar a mañana*, nos sugiere iniciar por la problemática central de los archivos, que se expone en el capítulo: *¿DÓNDE ESTÁ EL ARCHIVO?. Documentos que no se ven ni se tocan*. Esta sección está dedicada a pensar la importancia de las fuentes en la *investigación histórica* en el campo de las humanidades digitales. Lo anterior, parece ser el núcleo de la investigación de Pons, es decir, el interés de la *investigación histórica* que tiende a reverenciar el archivo, por este motivo, señala que no somos conscientes en la manera como construimos nuestras propias interpretaciones del pasado. Justificar la “memoria nacional” da legitimidad a los Estados-nación, y a la condición del archivo, que en sí mismo, es un acto de poder y control para salvaguardar el pasado. Inclusive Leopold Von Ranke, advirtió a la figura del archivo como recurso para producir conocimiento histórico. Los depósitos se volvieron templos, idealización que prueba la verdad y la memoria, lugares llenos de objetos que refuerzan el conocimiento positivo, redondeado por ficciones imperiales. En contraste, se advierten los peligros de los humanistas en la selección de los archivos, dado que, se conservan unas cosas y se discriminan otras, en palabras del autor: “el archivo es tanto testimonio de lo acaecido como registro de cómo y cuándo fue creado el documento que le sirve de soporte físico”(p.175). Este capítulo lo considero central porque el autor indica la premisa de cuestionar el poder de las fuentes para interpelar el pasado.

A lo largo del texto voy a resaltar otros argumentos e ideas principales que se presentan en los ocho capítulos del libro. Entonces nos devolvemos al primero, *LAS HUMANIDADES DIGITALES. En tierra de nadie*. En este, Pons plantea las siguientes preguntas: ¿cómo definir el campo?, ¿qué son y cómo le damos forma a las humanidades digitales?. La *historia digital* es el resultado de un proceso general cuyos efectos revolucionarios han hecho visible la necesidad de los historiadores y humanistas por utilizar nuevos medios y material didáctico. Aquí reflexiona sobre los efectos del soporte a las fuentes, a la escritura, a la comunicación y si éstas prácticas tienen consecuencias significativas sobre las maneras de trabajar con el pasado. Tomar herramientas digitales como objeto de análisis, afirma que la existencia de las humanidades digitales varía según los sistemas educativos existentes; y forman parte de una transdisciplina, que posee una condición transversal entre culturas y técnicas distintas. De manera que, las confrontaciones entre las disciplinas y la transdisciplinariedad de las humanidades digitales, señalan la transformación de nuevos objetos, enfoques, giros, contaminación disciplinaria, producto de la heterogeneidad de la cultura digital.

A continuación los capítulos: *LOS NUEVOS SOPORTES DE LOS ESCRITO. ¿Es tranquilizador mirar hacia el pasado?*, y *LECTURAS EN PANTALLA. Fragmentadas y superficiales*, tienen en común el asunto de la fragilidad de soportes digitales. La aparición de la pantalla digital cambia la materialidad del libro, en consecuencia, la movilidad del texto digital es distinta. La reproducción electrónica permite la inclusión de nuevos públicos lectores, aunque sigan las disputas sobre los derechos de autor. En estos dos capítulos, Pons discute: ¿cómo será la nueva textualidad?. La multiplicidad de formatos y fuentes no tradicionales de investigación permiten preservar la cultura; argumenta que el futuro digital será un híbrido, y hace énfasis en reflexionar sobre los nuevos soportes y peligros de la fragilidad de las nuevas tecnologías. Las condiciones morales, y transformaciones en la enseñanza de la educación virtual hacen parte de este entramado. También aborda el concepto *distant reading* o lectura a distancia, de Franco Moretti (2013), quien propende por unas humanidades digitales que faciliten el aprendizaje a distancia, y procuren beneficios cognoscitivos, a partir de la economía de recursos y capital físico.

El cuarto capítulo, *LA POÉTICA DE LA COLABORACIÓN. No hay nadie que de sabio no presuma*, está dedicado al fenómeno de *Wikipedia* y al lector como productor de conocimientos por medio del trabajo colaborativo o *crowdsourcing*. La *Wikipedia* propone un modelo horizontal de construcción del conocimiento, sin jerarquías de participación masiva, donde no hay un solo autor experto, por tanto, sus consecuencias son también epistemológicas en el sentido en que se aleja de parámetros habituales, generando una comunidad conectada que produce o difunde conocimientos. Pons dice al respecto: “las normas de este proyecto hablan de que existe un procedimiento colectivo para conseguir lo que se propone: los artículos deben ofrecer un conocimiento neutral, equilibrado, enciclopédico, gratuito y verificable” (p.146). Podemos inferir que la democratización del conocimiento que sobreviene en internet y *Wikipedia* produce incertidumbre ¿de quién y cómo lo hace?, ¿qué tipo de historia busca la gente?, y en tal sentido, podemos aprender de estas tensiones en el quehacer académico.

El sexto capítulo, *ESCRITURAS. Infinitas historias, infinitamente ramificadas*, expone el problema del hipertexto. Pons objeta el tipo de escritura en los nuevos entornos hipertextuales, que están traduciendo la cultura a otro formato no logocéntrico, donde cada usuario puede construir su propia narrativa “móvil”. Se reconfiguran las experiencias de un lector-autor activo, para estos casos, los enlaces y las posibilidades de expresión y narración son infinitas.

El séptimo capítulo, *COMUNICAR, DIFUNDIR Y PUBLICAR. ¿Cómo?*, está dedicado a debatir las dinámicas del trabajo académico que se han venido modificando. Las versiones digitales de artículos, son cada vez más apetecidas por jóvenes investigadores, dado la facilidad de circulación, al poder llegarle a un número mayor de lectores que con las publicaciones impresas. Las rutinas de científicos sociales y los usos de elementos digitales están produciendo cambios a nivel epistemológico, porque las disciplinas se practican hoy de manera distinta, modificando la forma de abordar los procedimientos de investigación. Antes por ejemplo, se utilizaron índices bajo parámetros de búsqueda por temas, mientras que ahora, los catálogos de bibliotecas nacionales y universitarias pasan por procesos electrónicos, datos mediados, contaminados –en lenguaje vulgar– por las categorías de investigación preexistentes. Para estos casos se deben pensar las herramientas digitales que se tienen a disposición en los quehaceres de historiadores y humanistas, que pertenecen tradicionalmente a la cultura escrita, alterando no el método, pero sí, las prácticas, confirmando así una variación epistemológica.

Ya para terminar, el octavo y último capítulo, *PANORAMA DE LA HISTORIA DIGITAL. Algunos lugares y una pocas cosas*, trata sobre la propagación del campo, afirmando que las investigaciones empíricas en el marco de la historia digital son en su mayoría prácticas norteamericanas. Introduce los conceptos de: *mapping*, historia espacial, historia pública, que resultan muy útiles para entender las prácticas didácticas y educativas actuales, como parte de iniciativas en museos, centros de arte, nuevos medios y exploración histórica, remitiéndose a páginas e interfaces de trabajos destacados.

En definitiva, Pons expresa que, desconoce el futuro de las humanidades digitales y la enorme complejidad de estudiar el pasado en proyectos que se pueden materializar a través de la *historia digital*. El libro deja respuestas abiertas y rutas indisciplinadas para encaminarse a profundidad en el desarrollo de metodologías, preservación y disseminación de documentos. En la *CONCLUSIÓN. Estudiamos el pasado, proyectamos vivir en el futuro*, Pons deja plasmada la ruptura entre la conexión materialidad y los discursos, no hay diferencias, hay posibilidades desconocidas dada la modificación estructural en la tipología de los escritos, dice al respecto: “Sean o no una disciplina las humanidades digitales ofrecen métodos y perspectivas heurísticas característicos, los cuales conforman un conjunto de prácticas para explorar un mundo donde lo impreso no es necesariamente predominante” (p.302). Está a favor de empoderarnos de la tecnología y movilizar nuevas formas de experimentación acuñando el término *textualidad digital*, sobre una polifonía de voces que están presentes hoy en día en internet, que van desde el hipertexto tradicional hasta las entradas de *blogs*, voces y memorias cotidianas que rompen con las costumbres académicas.

Considero que *El desorden digital: guía para historiadores y humanistas*, abona terreno al campo de las humanidades digitales y en palabras del autor cumple con la intención de “dibujar una genealogía del campo”. Nos alerta sobre las posibles alteraciones y modificaciones de los hábitos de lectura, el riesgo aquí, es el de perder la capacidad de pensar con imágenes, contingencia que nos alertó Italo Calvino, al preguntarse por el futuro de la imaginación. Las humanidades digitales, a propósito del entorno digital, reclaman constantemente nuevas aperturas a nivel social, intelectual, cultural y tecnológico que constituyen un nuevo objeto y una nueva disciplina. En consecuencia, debemos ser conscientes de las variaciones y alteraciones epistemológicas en las prácticas de historiadores, artistas, investigadores y humanistas para no dejarnos llevar por una deriva digital.